

la emperatriz. El otro era la oposicion de la escuadra española á que pasasen bajeles rusos por el estrecho de Gibraltar aunque fuesen con mercaderías permitidas, en tanto que otras naciones no hiciesen á los ingleses respetar la bandera neutral. Entonces se decidió á publicar aquel famoso Manifiesto, en que se contenian tres bases que habian de constituir una especie de código marítimo general, á saber:

1.^a Los buques neutrales podrán navegar libremente por las costas de las naciones que están en guerra, y arribar sin obstáculo á sus puertos.

2.^a Les será lícito trasportar toda clase de artículos, á excepcion de los que se especifican como de contrabando en los artículos 10 y 11 del tratado de comercio de la Gran Bretaña.

3.^a Será única excepcion de esta regla el caso en que un puerto esté de tal manera bloqueado por buques de guerra que no sea posible acercarse á él sin peligro.

Terminaba esta declaracion anunciando el armamento de su escuadra, y su resolucion de mantener el honor de la bandera rusa y proteger el comercio de sus vasallos. El gobierno español, que se habia anticipado á modificar su ordenanza de corso (13 de marzo, 1780), para acallar las quejas y reclamaciones de las potencias neutrales, fué el primero que se adhirió en todas sus partes al Manifiesto de la zarina (18 de abril), si bien advirtiendo que con respecto al bloqueo de Gibraltar existia el peligro de que se hablaba en la excepcion, el cual podrian evitar las potencias neutrales conformándose á las reglas establecidas en la declaracion de S. M. Católica de 13 de marzo último, comunicada por su ministro á la corte de Rusia (1).

Francia se apresuró tambien á dar su adhesion (23 de abril). Inglaterra, sin abandonar los principios de su sistema marítimo, se limitó á manifestar su deseo de evitar la violacion del derecho de gentes, y de ser justa con los que hiciesen un comercio rigurosamente neutral, que interpretaba á su modo. Dinamarca aceptó hasta con entusiasmo la declaracion rusa (8 de julio, 1780). Admitiéronla mas tarde Suecia, Holanda, Nápoles y Portugal. El rey de Prusia solicitó formar parte de esta célebre confederacion, y el emperador José de Austria siguió su ejemplo despues de la muerte de la emperatriz reina María Teresa; y aunque al decir de un escritor inglés la incorporacion de dos potencias sin marina no hizo sino aumentar el número, no la fuerza de los aliados, sin embargo el viejo Federico de Prusia hizo mucho daño á Inglaterra, ordenando á sus súbditos que retiraran cuanto antes los fondos que tenian en las cajas públicas de aquel reino, fundando la medida en que el gobierno inglés no podia contener la bancarota nacional, y persuadiendo á la emperatriz de Rusia de que en la declaracion de guerra que luego sobrevino entre Inglaterra y Holanda la agresion habia venido de la primera.

Este convenio de tantas potencias en guardar una misma actitud y en observar una misma conducta en los mares durante la lucha de que en estos capítulos hablamos, fué el que constituyó el famoso pacto que se conoce en la historia con el nombre de *Neutralidad armada*. Convendremos en que esta ruidosa medida no produjo tan graves ventajas ni resultados tan decisivos como parecia que eran de esperar, y sin duda el no haber correspondido sus efectos á lo que muchos esperaban fué lo que dió ocasion á que algunos la denominaran burlescamente la *Nulidad armada* (2). Mas no puede negarse que por lo menos produjo el de dejar á Inglaterra sin aliados; y la prueba de lo que le perjudicaba aquella convencion fué el empeño que habia puesto en impedir la, y los esfuerzos que hizo despues para granjearse el afecto de las grandes potencias de Europa.

Lo que en honor de la justicia y de la imparcialidad no

(1) El documento de adhesion está fechado en Aranjuez á 18 de abril de 1780.

(2) William Coxe atribuye á la misma emperatriz de Rusia el haber calificado con este nombre burlesco su propia obra, arrepentida, dice, de haberse empeñado en un momento de resentimiento en una marcha errada. Séanos permitido dudarle, y no nos parece que el idioma ruso sea el que mas se preste á este juego de voces en que consiste el donaire con que quiso ridiculizarse el convenio, y que en un caso se nos antoja mas propio de las lenguas de Occidente.

puede menos de confesarse, y en ello estamos de acuerdo con la observacion de un historiador contemporáneo (3), es el grande aliento, la impavidez, la constancia y la magnanimidad que en esta ocasion mostró la nacion inglesa, cuando aislada y desprovista de amigos y auxiliares, agobiada por las fuerzas marítimas y terrestres de Francia y España, casi vencida ya por sus colonias de América, hirviendo el reino en discordias intestinas, sublevada la opinion contra el gobierno de Jorge III en Lóndres, en todas las ciudades populosas y comerciantes, en los condados mas apartados de la metrópoli, todavia tuvo arranques para ponerse en lucha con un enemigo mas, declarando la guerra á la Holanda (4), y para proseguir la que años hacia estaba consumiendo sus fuerzas desparamadas por el nuevo y por el antiguo mundo.

CAPITULO XV

Menorca.—Gibraltar.—Fin de la guerra

DE 1781 Á 1783

Resuélvese la reconquista de Menorca.—Admirable secreto con que se preparó y condujo la empresa.—Parten de Cádiz las escuadras francesa y española reunidas.—Lleva el mando en jefe el duque de Crillon.—Sobresalto de los ingleses, y regocijo de los naturales.—Bloqueo del castillo de San Felipe.—Conducta heroica de Crillon.—Firmeza y pundonor del gobernador Murray.—Ataque á la plaza con ciento once cañones y treinta y tres morteros.—Rendicion de la plaza y castillo.—Capitulacion honrosa.—Vuelve toda la isla al dominio de España.—Recompensa.—Conviértese en sitio el bloqueo de Gibraltar.—Planes diversos, y extravagantes invenciones para rendirla.—Son desechados.—Se adopta el famoso proyecto de *las baterías flotantes* de M. d'Arzon.—Descripcion de estos navios monstruos.—Ejército de cuarenta mil hombres en el campo de San Roque.—Obras admirables de ataque y defensa.—Curiosidad y ansiedad pública.—Expectacion de toda Europa.—Pónense en juego con soberbio aparato las baterías flotantes.—Horrible estruendo causado por cuatrocientas piezas de grueso calibre disparadas á un tiempo.—Incendiase las flotantes.—Noche funesta y terrible.—Malógrase la empresa naval.—Continuacion del sitio.—Contratiempo de la escuadra española.—Llegada y maniobras de la escuadra inglesa.—Introduce socorros en la plaza.—Combate, y se salva de las escuadras combinadas.—Proyecto de minar el Peñon.—Nuevas negociaciones para la paz.—Cambio en el ministerio inglés.—Agentes británicos en Paris.—Conducta del gobierno francés.—Condiciones que exigia España.—Modifica sus proposiciones.—Frústranse sus esperanzas de la restitucion de Gibraltar.—Prepárase una formidable expedicion contra Jamaica.—Se firman los preliminares para la paz.—Adhesion del gobierno español.—Desapruebalos el parlamento británico.—Ministerio Fox.—Se ajusta el tratado definitivo de paz.—Sus principales capítulos.—Ventajas que reportó España.—Fin de la guerra.—Conducta del ministro Floridablanca.

Sucesos de grande interés para España se realizaron en la campaña que siguió á estas negociaciones. Inglaterra, comprendiendo la desventajosa situacion del aislamiento en que la neutralidad armada la habia colocado, hizo nuevos esfuerzos por granjearse la amistad de la emperatriz de Rusia halagando su pasion marítima y mercantil. En estos tratados, y como precio de su mediacion para la paz volvió á jugar la cesion de la isla de Menorca, tan codiciada de Catalina II como tan conveniente á sus designios. Aunque conducido este proyecto con la posible reserva, no se ocultó á la vigilancia y á la sagacidad del conde de Floridablanca, y desde entonces concibió el pensamiento de apresurar la reconquista de aquella isla, que era al propio tiempo asilo de corsarios, único refugio de los buques ingleses en el Mediterráneo, y peligroso cebo

(3) Ferrer del Rio, en el cap. III del libro V de su Historia de Carlos III.

(4) Las causas de este rompimiento fueron, el asilo que los corsarios americanos, especialmente el famoso Pablo Jones, terror del comercio británico, hallaban en los puertos holandeses; el haber eludido la Holanda el cumplimiento de los tratados de 1678 y 1716 con Inglaterra; su adhesion á la *neutralidad armada*; la predileccion que mostraba á los anglo-americanos, y el haber descubierto que estaba ajustando con ellos un tratado de comercio. De los resultados y consecuencias del rompimiento entre estas dos potencias en los mares de la India y en el Báltico, y especialmente del combate de Dogger-Bank entre los almirantes Parker y Zoutman, dimos ya cuenta en el anterior capítulo.

para apartar á Rusia de la amistad de España, y moverla cuando menos á abandonar la neutralidad.

Por muerte del ministro de la Guerra conde de Riela, y aunque encomendado interinamente este ministerio al de Gausa, los negocios de gravedad á él pertenecientes corrian á la sazón á cargo de Floridablanca por disposicion y mandato expreso del rey (1). Esto le facilitó los medios de preparar con todo sigilo su proyectada empresa de apoderarse de Menorca, que el monarca aprobó, resuelto como estaba á no arriesgar mas sus fuerzas marítimas en las costas de Inglaterra. De dos cosas hacia depender aquel hábil ministro el buen éxito de su idea: de hacer los preparativos de la expedicion con tales precauciones y tal disimulo que nadie imaginara su verdadero designio, y de asegurarse de las buenas disposiciones de los naturales de la isla en favor de España, para no contar al tiempo del desembarco mas enemigos que las tropas de la guarnicion. Uno y otro requeria gran discrecion y pulso. Túvole Floridablanca en enviar á la isla para explorar los ánimos de los naturales al marqués de Sollerich, persona de grande influencia en ella, el cual desempeñó felizmente su delicada comision, con la satisfaccion de poder asegurar al ministro de Carlos III que aquellos isleños continuaban siendo amigos de España y de su soberano, no pudiendo nunca olvidar que habian sido españoles.

Difícil era guardar secreto en los preparativos. Sin embargo, aunque se veia remirse naves y tropas en Cádiz, como que estaba pendiente el bloqueo de Gibraltar, todo el mundo atribuía la reunion de aquellas fuerzas al pensamiento de convertir en sitio formal el bloqueo, ó sospechábase cuando mas alguna expedicion á las Indias Occidentales. Nadie se fijaba en Menorca, pues no se observaba movimiento alguno ni en Barcelona, ni en Alicante, ni en Cartagena, puertos fronterizos á aquella; además que Mahon y su castillo eran mirados como inexpugnables. De esta manera consiguió Floridablanca deslumbrar á todos, no estando en el secreto sino el rey, el príncipe de Asturias, y el duque de Crillon, teniente general francés al servicio de España, acreditado en las campañas de Italia, á quien confió el mando de las tropas de la expedicion.

Ni al gobierno francés mismo se dió conocimiento del plan, habiendo de concurrir á su realizacion sus navios y sus soldados. Hé aquí lo que respecto á este particular nos ha dejado dicho el ministro español en su Memoria: «Aunque la Francia mostró algun resentimiento del secreto que se guardó, se consiguió aplacarla, recordando habersele dicho que veriamos lo que podriamos hacer en el Mediterráneo, lo cual pendia de muchos accidentes que no se podian prever ó adivinar. En efecto, V. M. sabe que no teniamos desconfianza de nuestro aliado, sino de las muchas manos por las cuales debia pasar el secreto si lo comunicáramos. En fin, la Francia no solamente se aquietó con mis oficios practicados con su embajador, sino que nos envió dos mil hombres á Menorca, los cuales servian á lo menos para guardar los puestos que nuestras pocas tropas no podian cubrir.»

Partieron pues de Cádiz las dos escuadras reunidas, francesa y española (23 de julio, 1781), compuestas de cincuenta y dos velas, y escoltadas por dos navios de línea, dos fragatas y varios otros buques de guerra, llevando á bordo ocho mil hombres de tropa, sin que nadie hubiera penetrado el objeto de aquella expedicion misteriosa. Y aunque los vientos impidieron á Crillon ejecutar de lleno el plan que llevaba meditado, todavia logró saltar á tierra sin obstáculo en la playa de la Mezquita (19 de agosto, 1781), y avanzar con tres mil quinientos hombres sobre Mahon, obligando á los sobreecogidos ingleses á encerrarse en el castillo de San Felipe. El marqués de Peñafiel y don Ventura Caro se apoderaron del fuerte de Fornell y de la ciudadela. Los habitantes mostraron la mayor alegría, apresurándose á prestar el juramento de fidelidad al rey de España, y Crillon á nombre del rey Católico declaraba restablecidos los privilegios de que habian gozado antes aquellos insulares.

Aunque reducidos los ingleses al castillo de San Felipe, la

(1) Memoria de Floridablanca.

naturaleza de aquella expedicion habia hecho que faltaran muchas de las cosas mas precisas para ponerle un sitio formal, de modo que se limitó la operacion á un bloqueo por espacio de algunos meses; y en tanto que llegaron artillería y pertrechos de Cartagena y Barcelona, y los refuerzos que de Tolon envió el rey Luis XVI, eran ya principios de diciembre cuando se comenzó á levantar las baterías. Gala de arrojó hizo el intrépido Crillon subiendo á plantar por su mano la bandera española en la torre de las Señales; y el ejemplo del valeroso general francés no fué perdido para los soldados, pues cuando se trató de crear una compañía denominada de Voluntarios de Crillon para colocarla en el puesto del mayor peligro, todos se disputaban el honor de ser inscritos en ella, y fué menester, para evitar altercados y piques, que el jefe resolviera escogerlos y nombrarlos por sí mismo. Lástima que Crillon empañara el lustre de su heroica conducta en esta empresa con un lunar que desdice de la grandeza de su ánimo. Hablamos del hecho que un historiador afirma, de haber intentado hacer flaquear la fidelidad del general inglés Murray, gobernador del castillo, prometiéndole por la entrega de la plaza una recompensa de quinientos mil pesos, y un alto puesto en el ejército español ó francés, á lo cual dió el pundonoroso general británico la siguiente digna y vigorosa respuesta:

«Cuando vuestro valiente abuelo recibió la orden de su soberano para asesinar al duque de Guisa, dió la respuesta que vos hubierais dado si el rey de España os hubiera encargado asesinar á un hombre cuyo nacimiento es tan ilustre como el vuestro, ó como el del duque de Guisa. Con vos no puedo yo tener tratos sino con las armas en la mano. Si abrigais sentimientos de humanidad, enviad vestidos para los miserables prisioneros que tengo en mi poder; que los dejen en un punto apartado, y yo enviaré á buscarlos, porque en lo sucesivo no consentiré mas relaciones con vos que las mas estrictas que imponen los deberes de la guerra.»—Como hombre de honor le contestó Crillon diciendo: «Vuestra carta no deja á cada uno en su lugar, y fortifica la estimacion con que siempre os he mirado; acepto con gozo vuestra proposicion.»—Veremos luego cómo el general francés desagració con usura al gobernador británico con su generoso comportamiento de la ofensa que antes le hubiera inferido con una proposicion vituperable entre soldados de honra.

Estrechábase y se apretaba de cada día mas el cerco, y entre los contratiempos de los sitiados no fué el menor el estrago que comenzó á hacer el escorbuto en la ya poco numerosa tropa de la guarnicion, á causa de la falta de alimentos frescos, y del aire enfermizo de las casamatas. En tal estado el día 6 de enero (1782) quiso Crillon solemnizar el aniversario del nacimiento del delfin de Francia, haciendo jugar contra el castillo de San Felipe ciento once cañones y treinta y tres morteros, que atronaban la isla y arruinaban las fortificaciones. Por bastantes dias sostuvo todavia la guarnicion una defensa vigorosa, y Murray en medio de la desolacion que le rodeaba conservó su heroica serenidad, alentaba á todos, y se mantuvo á la altura de la reputacion militar de que ya gozaba. Mas llegó á ser tanto el estrago del fuego, de las ruinas y de la epidemia, que faltándole gente hasta para cubrir los puestos ordinarios, y llevada la defensa hasta donde los deberes del honor podian exigir sin rayar en infructuosa y reprehensible temeridad, pidió capitulacion (15 de febrero, 1782), que el duque de Crillon le otorgó con condiciones mas honrosas y mas suaves de lo que le prescribian las instrucciones de la corte de España. Con los honores militares salieron las tropas inglesas del castillo; Murray y los suyos quedaron prisioneros de guerra, con la condicion de ser trasladados á Inglaterra, donde no volverian á tomar las armas hasta el ajuste de la paz ó que se hiciera el canje oportuno. Hallaron los rendidos la mas afectuosa acogida en las tropas francesas y españolas. Veamos cómo se expresó el mismo Murray en su parte oficial (16 de febrero):

«Tal vez no se ha visto jamás (decía) una escena mas noble y al mismo tiempo mas trágica que el desfile de la guarnicion del fuerte de San Felipe por entre los ejércitos francés y español: componíase tan solo de seiscientos veteranos quebranta-

dos por la edad y las fatigas, doscientos marineros, ciento y veinte artilleros, veinte hijos de Córcega y veinticinco de Grecia, turcos, moros, judíos, etc. Los dos ejércitos estaban formados en dos filas una frente a otra, formando una hilera por donde pasábamos nosotros. Ascendían á catorce mil hombres, que se extendían desde el glacis hasta Jorge Tolon, en donde nuestros batallones entregaron sus armas, declarando que no las entregarían mas que á Dios solo, y con el consuelo de saber que los vencedores no podían estar muy ufanos con la toma de un hospital. Nuestros soldados estaban á tal punto desfigurados y desconocidos, que á muchos soldados españoles y franceses se les escapaban las lágrimas al verlos pasar: esto lo afirman el duque de Crillon y el baron de Talkenhayn; pero aunque yo no lo haya notado, esta compasión me parece natural. Por lo que á mí toca, no tenía en aquella ocasion mas inquietud que la que me daba la enfermedad funesta que nos amenazaba á todos con una muerte inevitable.

»Bendito sea el Señor! Ya mis temores no son tan grandes; la humanidad del duque de Crillon, cuyo corazón se ha conmovido al ver las desgracias de hombres tan valientes, ha sobrepujado mis esperanzas y deseos; porque nada omitió de cuanto pudiera contribuir á nuestro restablecimiento. Los cirujanos franceses y españoles nos prestan sus auxilios en nuestros hospitales, y debemos muchos favores al baron de Talkenhayn que mandó las tropas francesas. También estamos muy agradecidos al duque de Crillon, y ninguno de nosotros podrá olvidar á estos dos generales. Me atrevo á esperar que este último joven, lleno de ardimiento y lealtad, no volverá á mandar ejércitos contra mi soberano, porque la bondad y magnanimidad de su corazón igualan la superioridad de su capacidad militar (1).»

Cuando las tropas vencedoras entraron en la plaza, rompieron los naturales de la isla en alegres vivas al monarca español. En toda España se hicieron vivas demostraciones de regocijo por la recuperación de una isla que desde la gloriosa conquista de don Jaime I de Aragón había pertenecido constantemente á España, que los ingleses nos habían arrebatado durante la funesta guerra de sucesión de Felipe V, que conquistada despues por los franceses había vuelto por el tratado de París al dominio de la Gran Bretaña, que suspiraba hacia setenta y cuatro años por volver á la corona de Castilla, y cuya recuperación, así como la de Gibraltar, eran los dos sueños dorados de Carlos III. Este monarca recompensó el gran servicio que le hizo el duque de Crillon nombrándole capitán general, y dándole algo mas tarde la grandeza de España con título de duque de Mahon. También remuneró con mercedes y ascensos á todos los que se habían distinguido en aquella gloriosa empresa. Menorca ha continuado desde entonces formando parte integrante del territorio español.

Faltaba Gibraltar, presa también de ingleses desde aquellas famosas guerras que señalaron el advenimiento del primer Borbon á España; cuya recuperación había sido objeto de tan repetidas como costosas y malhadadas tentativas; perenne motivo de desavenencias, de negociaciones, de promesas nunca cumplidas, de condiciones ó de ofrecimientos nunca aceptados entre Inglaterra y España; una de las empresas en que no había cesado de pensar un instante el patriótico celo del tercer Borbon español; cuya plaza por lo mismo tenía bloqueada hacia tres años, y que defendía con bizarría innegable lord Elliot, pero que en la situación apurada en que llegó á verse se hubiera visto acaso obligado á rendir sin el oportuno socorro del almirante Rodney, como en otro lugar dejamos

(1) Partes y capitulación del general Murray.—Diarios políticos de Hamburgo, 1782.—Gacetas de Madrid de enero y febrero de 1782.—Diario de Mahon.—Beccatini, Historia de Carlos III, libro IV.—Memorias militares de Crillon.—Noticia de la expedición hecha por España para la toma de la isla de Menorca en el año de 1781.—Memoria de Floridablanca.—En la Gaceta del 19 de febrero se insertó el texto de la primera capitulación propuesta por Murray, la respuesta de Crillon, y los artículos de la capitulación definitiva.—Relación de las gracias que S. M. ha concedido en el ejército del mando del conde de Crillon, de resultados de la rendición de la plaza de San Felipe en la isla de Menorca. Suplemento á la Gaceta del 5 de marzo, 1782.—Noticia de los muertos, heridos, etc. Suplemento á la del 8 de marzo.

referido. Recobrada Menorca, resolvió el monarca español convertir en sitio el bloqueo de Gibraltar, empleando en él las tropas y las naves que acababan de recoger los laureles del triunfo de Mahon, y con unas y otras se aumentó considerablemente así la fuerza naval como el ejército de tierra acantonado en las líneas de San Roque.

Tiempo habían tenido los ingleses para hacer mas fuerte con las obras del arte aquella formidable roca, ya harto fuerte por la naturaleza. Erizada por todas partes de cañones, y defendida á la sazón por siete mil veteranos, con un general de corazón, entendido y experimentado, á su cabeza, no sin fundamento era tenida por inexpugnable. Habíanse apurado los ingenios para inventar y discurrir proyectos, sistemas y planes diversos para ver de rendir y recuperar la terrible fortaleza, y cada cual había presentado el suyo al rey y á los ministros como el mas hacedero y aceptable.

Proponía el conde de Aranda que á la entrada de los fondeaderos se pusieran escollos artificiales, donde tropezaran los buques que iban en socorro de la plaza. El valeroso marino don Antonio Barceló aseguraba que batiendo los muros un día y otro llegaría á rendirla, siempre que se le dieran para ello lanchas cañoneras, cada una con un mortero de á placa. El almirante francés conde de Estaing era de opinión que se debería construir orilla del Mediterráneo y costearlo todo lo posible el Peñon una línea de aproche con baterías de morteros, cuyas bombas pasaran por encima de la montaña y estragarán el puerto y la ciudad, y con esto y un espaldon construido muy al alcance de la plaza, con soltar brulotes contra los navíos y arrojar bombas y balas las barcas cañoneras, no podrían los ingleses resistir acampados al raso y entre peñas. Diferente de todos estos era el sistema del director del real cuerpo de ingenieros don Silvestre Abarca, y también mas complicado, pues consistía por una parte en el incendio y ruina de las casas y almacenes de la ciudad, no habiendo paraje que se viese libre de las bombas y de los rebotes de las balas, y por otra en la destrucción de la escuadra inglesa que viniese en socorro de los sitiados por las fuerzas navales reunidas de España y Francia. Por este orden se habían presentado al gobierno otros proyectos, entre ellos uno que consistía en rellenar las bombas de una materia mefítica, y tal que al reventar asfixiara con su pestilencia á los sitiados, ó los emponzoñara ó ahuyentara por lo menos (2).

Ninguno de estos proyectos había sido aceptado, por parecer todos, cual mas cual menos, ó quiméricos y fantásticos, ó llenos de inconvenientes ó dificultades de ejecución. Y en tanto que menudeaban planes sin ponerse en práctica ninguno, alentado lord Elliot con los refuerzos y socorros que á pesar del bloqueo recibía, se determinó á hacer salidas nocturnas contra las obras mas avanzadas de los españoles, en alguna de las cuales (26 de noviembre, 1781) logró destruir varias baterías enemigas, así como en otras fué vigorosamente rechazado, tal como en la que hizo la noche del 27 de febrero siguiente (3). En este estado se hallaban las cosas cuando sucedió la toma de Menorca, y se resolvió poner formal sitio á Gibraltar.

Para los ataques por tierra se reunieron en el campo de San Roque cerca de cuarenta mil hombres, que incesantemente se ocupaban en construir obras de ataque y defensa, y sostenían diarias refriegas con los de la plaza. General en jefe de todo el ejército sitiador se nombró al duque de Crillon. Para combinar las operaciones de mar con las de tierra se adoptó un nuevo plan, diferente de todos los anteriores proyectos, idea del caballero d'Arzon, ingeniero francés de gran capacidad y renombre, que recomendada de Francia por el rey, el ministro y el conde de Aranda, y prohibida aquí por Carlos III y su

(2) Hay una obra, que cita Ferrer del Rio, titulada *Sitio de Gibraltar*, en que se hallan todos estos proyectos. Otros cita también Bourgoing, en el tomo III de su *Cuadro de la España moderna*.

(3) En esta pereció el coronel don José Cadalso, tan conocido en la república literaria por sus amenas producciones; «dando una nueva prueba con su ejemplo, dice otro erudito escritor español, de que no son incompatibles el valor y la literatura.» Era comandante de escuadrón del regimiento de Borbon y ayudante de campo del general.—Gaceta de 12 de marzo, 1782.

primer ministro, fué la que prevaleció, y que con el nombre de sistema de las *baterías flotantes* ha adquirido una inmortal celebridad, aunque funesta para España. Consistían las baterías flotantes en unos enormes buques de tal construcción y solidez que fuesen invulnerables á las bombas y á las balas rasas, y que al mismo tiempo que fueran invulnerables no pudieran irse á fondo. Construyéronse diez de estos gigantescos buques, y se emplearon en ellos doscientos mil piés cúbicos de madera. Sus costados tenían vara y media de espesor, y estaban defendidos por sacos de lana encajonados entre corcho: la cubierta forrada de planchas de hierro, de modo que rodaran al mar las bombas que sobre ellos cayeran: para preservarlos del incendio de las balas rojas que pudieran entrar por las troneras se hizo un ingenioso aparato de tubos interiores, por los cuales con el auxilio de las bombas circulaba incesantemente el agua, como la sangre por las arterias y venas del cuerpo humano, conservando la madera en un estado permanente de saturación. Entre todas las baterías llevaban doscientos veinte cañones á una sola banda, y á la otra la correspondiente cantidad de plomo para nivelar el peso. No tenía cada una mas que una vela, pero sí bastantes anclas y cables para retirarlas y detenerlas cuando fuese necesario. Todas estas ciudades flotantes, que nos traen á la memoria los navíos monstruos de Amberes, invención del italiano Giambelli en el siglo XVI, habían de vomitar por todas sus bocas balas y metralla á distancia de cuatrocientas varas entre el Muelle Viejo y el Baluarte Real, en tanto que los navíos de línea, y las lanchas cañoneras, y las baterías de tierra arrojarían también una incesante lluvia de balas y bombas contra la plaza, y que el resto detendría á la entrada del Estrecho la expedición que vendría de Inglaterra, y tropas embarcadas en balsas estarían esperando á que se derrubiera la muralla para dar el asalto. El equipo de las baterías flotantes se hizo en Algeciras con prodigiosa actividad y diligencia.

Entre las obras de tierra que se ejecutaron fué la mas notable un espaldon de doscientas treinta toesas y de nueve piés de altura y diez de espesor, con un millon y seiscientos mil sacos de tierra, que se construyó en una sola noche (14 á 15 de agosto, 1782) y en el espacio de cinco horas, en cuya operación trabajaron diez mil hombres, de forma que cuando á la luz del nuevo día lo vieron los de la plaza se quedaron maravillados y absortos, pareciéndoles obra de encanto. Esfuerzos bélicos, que nos recuerdan los de los Reyes Católicos en el siglo XV al frente de Granada, los de Alejandro Farnesio en el XVI en los Países Bajos (1).

Todo el mundo esperaba con confianza el mas feliz resultado de tan gigantescos aprestos, excepto el duque de Crillon, que varias veces manifestó su desconfianza en las tan ponderadas baterías flotantes (2); pero se resignó á ponerse al frente de los sitiadores. Toda Europa tenía fija la vista en esta formidable lucha empeñada por la posesión de un enorme peñasco. Principes y personajes franceses, entre ellos el duque de Borbon y el conde de Artois (despues rey con el nombre de Carlos X); magnates españoles de la primera nobleza acudieron á presenciar función tan famosa. Muchedumbre de gentes de todas clases pernoctó en la estación del verano en las poblaciones y campañas inmediatas para no perder el espectáculo grandioso que había de ofrecer aquel teatro bélico, y el monarca español desde su alcázar, ganando á todos en impaciencia, preguntaba y pedía cada mañana al levantarse noticias de Gibraltar. El momento decisivo se iba acercando, y en los semblantes de los espectadores se retrataba, el orgullo en unos, el temor en otros, en otros la confianza, y en todos una impaciente curiosidad.

La mañana del 8 de setiembre, cuando estaban ya terminadas todas nuestras baterías, el gobernador Elliot rompió el fuego contra ellas, disparando desde la montaña, plaza y Muelle Viejo, balas, bombas, granadas, metralla, balas rojas y carcasas, con que no dejó de experimentarse algun daño. A su vez al amanecer del 9 y á la señal de un cohete mandó el

(1) Hay una lámina que representa este trabajo hecho por diez mil hombres en pocas horas de una sola noche.

(2) Memorias de Crillon.

duque de Crillon comenzar el fuego general de todas nuestras baterías avanzadas y de línea, jugando á un tiempo ciento noventa y tres piezas de todas clases (3). Al cuarto día, 13 de setiembre (4), se puso en movimiento desde Puente-Mayorga el soberbio aparato de las baterías flotantes (5), y antes de las diez se hallaban colocadas á ciento cuarenta toesas de distancia de la plaza. Cinco mil hombres de servicio iban en ellas. El viento era fuerte, y fuerte también la marejada, de modo que ni las lanchas cañoneras y bombarderas de la escuadra podían cooperar convenientemente al ataque. Habíase además renunciado al preservativo de la circulación del agua por los tubos, por temor de que perjudicara tanta humedad á la pólvora, con lo que iban aquellas máquinas sin todos los requisitos que á juicio del inventor las hacía invulnerables. Lord Elliot las vió acercarse admirando el arrojé de los que las guiaban, pues conocía que ellos mismos no podían dejar de conocer la temeridad de su designio.

«Apenas anclaron las embarcaciones, dice un historiador, cuando empezó un fuego nutrido que sostenía toda la artillería, y los morteros de las trincheras en todas direcciones, y sin cesar un solo instante. También la plaza empezó el fuego sin pérdida de tiempo, y es imposible describir el estruendo que causaron tan horrosas descargas, porque cuatrocientas piezas de grueso calibre maniobraban á un tiempo, lo cual no se había visto jamás desde la invención de la pólvora.» A muchas leguas de distancia se oía aquel horrísono estruendo que agitaba los mares y hacia retemblar el mismo Peñon. Largas horas llevaba de duración aquel terrible combate, y la noche vino aun á aumentar con sus sombras el horror de la gigantesca contienda, sin que ni el ataque ni la defensa afloraran, ni se notara de una y otra parte superioridad. «¿De qué son esas máquinas, preguntaba ya lord Elliot asombrado, que no logran destruir las balas rojas?» Pero se aproximaba el fatal momento de su destrucción. Cerrada era ya la noche cuando comenzó á arder una de las monstruosas baterías flotantes que se tenían por incombustibles; logróse sin embargo con las bombas de agua apagar el incendio; mas la falta de preservativo de los tubos arriba dicho, hizo que continuando el diluvio de tiros de bala roja, é internándose estas en el revestimiento de los buques, se apoderara otra vez el fuego de aquella batería para no volverse ya á apagar. Para que no pueda decirse que exageramos el estrago, copiamos solo lo que el parte oficial decía, pálido como todos cuando tienen que anunciar calamidades.

«Bien avanzada ya la noche, volvió á incendiarse con mucha fuerza la flotante del príncipe de Nassau en términos de no poderse cortar, sucediendo de allí á poco lo mismo con la de don Buenaventura Moreno. En este conflicto, y el de no poderse usar de las velas ni del remolque, se trató de extraer la gente, de retirar ó arrojar al mar la pólvora para preaver que se volasen, y dejarlas arder, de modo que el enemigo no pudiese aprovecharse de ellas; en cuyo caso se fueron hallando los demás buques por iguales motivos y circunstancias inevitables; tanto mas, que las baterías enemigas tiraban ya sin riesgo ni contradicción á puntos determinados muy visibles. Informados de esta situación, así el general del ejército duque de Crillon como el de la armada don Luis de Córdoba, dieron las mas oportunas providencias para que pasasen todas las lanchas, faluchos, esquifes y demás pequeñas embarcaciones que hubiese á recoger toda la gente de las flotantes, y auxiliar en cuanto se pudiese ejecutar con ellas; en cuya brillante y arriesgada maniobra se hicieron prodigios de valor, despreciando el intensísimo fuego de metralla que hacían todas las baterías enemigas con el acierto que les permitía la claridad de la noche. Logróse en efecto retirar la mayor parte de la gente de aquellas embarcaciones, poner en algunas el fuego

(3) Parte oficial en la Gaceta de 17 de setiembre.

(4) «La superstición, dice un historiador extranjero, no dejó de agurar mal, á causa del número trece.»

(5) Eran sus nombres: *Pastora*, *Talla-Piedra*, *Paula* 1.^a, *Rosario*, *San Cristóbal*, *Príncipe Carlos*, *San Juan*, *Paula* III.^a, *Santa Ana*, y *Dolores*. Guiaba la *Pastora*, de 24 cañones, el jefe de escuadra don Buenaventura Moreno, la *Talla-Piedra*, de 23 cañones, el príncipe de Nassau.—Parte oficial de la Gaceta de 24 de setiembre.